República de El Salvador — América Central

EL FÍGARO

Tomo I | San Salvador, Domingo 18 de Noviembre de 1894 | Num. 5

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi. Víctor Jerez.

Antonio Solórzano.

SECRETARIO DE REDACCION:

ISMAEL G. FUENTES

OFICINA:

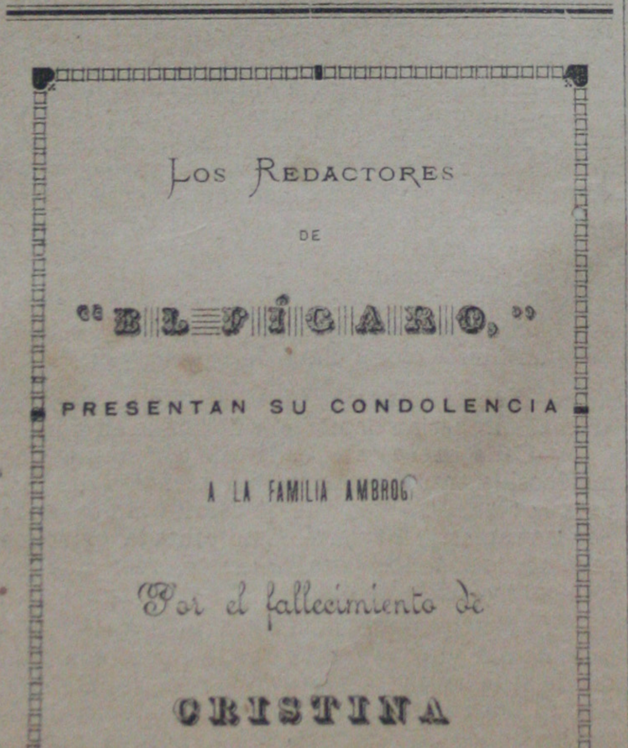
10ª Avenida Sur—Nº 93.

"EL FIGARO"

Periódico Literario

Se repartirá todos los domingos por la mañana.
Valor de suscripción, por mes: $37\frac{1}{2}$ centavos.
Número suelto: un real
Número extraordinario: 25 centavos.
Centro-América y exterior, por semestre: $ 2
Los recibos de la capital se cobrarán después de vencido el mes

La colaboración para "EL FÍGARO" será solicitada por la Redacción.
En ningún caso se devuelven originales.



DE BLANCO

Y fué en una hermosa tarde de noviembre... ...... allá á lo lejos nubes color de oro formaban marco al horizonte: el sol, tras las montañas, se ocultó lentamente, y como opulento señor oriental dejaba tras de sí regio manto de luz y colores.

De los jardines brotaba la rima de los perfumes, mientras repetía el viento el poema misterioso y magnífico de lo que siente el alma, cuando la invaden las sombras de la tristeza.

Y en esa tarde de color y poesía, cuando en un hogar caían á torrentes lágrimas del corazón —rocío purísimo de los más puros afectos—bajaron á verá la enfermita unos ángeles de cabellera rubia y ojos azules, y ellos—los egoístas—dijeron: llevémonos á la niña, y allá le daremos muchos confites, y allá tendrá muchos juguetes, y en aquella mansión pedirá siempre por sus papás, rogará siempre por sus hermanos; y, cuando esto último, los ángeles murmuraron á su oído, les dijo: me voy con vosotros y Cristina Ambrogi se fue al cielo. Ved el extremo de su vestido blanco en aquella ligera nube que se cierne en lo alto, sentid el dulce rumor de su vocesita en los susurros de la brisa y el perfume de su aliento en las ráfagas que vienen del jardín.

Sabéis que es un niño?—Es un madrigal en los labios de una virgen.

Cristina fue entre perfumados azahares y sobre alfombra de azucenas.

No iba muerta, tan sólo estaba dormida: la inocencia no muere, los ángeles de la tierra se aduermen dulcemente, porque ya no quieren estar entre nosotros, porque en ideales trasportes miran ascender á muchos por la escala de Jacob.

Hay tumbas que irradian resplandores, que parecen cunas donde juguetean los niños. Cristina debió llevar su muñeca predilecta, si por un olvido no se le puso, considerad que vá á estar muy triste.

Los niños que mueren son las almas blancas que guían por ese tenebroso sendero, á los que, desconsolados en el fondo y tristes en verdad, envidiamos á los que se van de la tierra con el alma llena de ilusiones.

Esa niña que nos dejó, no sufrirá el ansia de ir en pos de algo que no se alcanza.

Hay honda melancolía en esto de esperar el mañana, creyendo que nos trae mucho bueno; pero que al fin se conoce que lo esperado es quizá inferior á lo que se tiene.

Tras ese mañana vá en solemne procesión la humanidad. Ah! los que se van, apagan su cirio.

Un niño que se muere es una víctima robada al dolor. Llorad sobre la tumba de Cristina, porque son las lágrimas el rocío del alma; enviad. le confites los domingos, preciosos juguetes el día de Navidad y todas las mañanas rebosantes cestos de frescas flores.

LOHENGRÍN.

~~~

Una tarde

A mi querido amigo Miguel Dueñas

Era una tarde como esta,
Del bosque alegre y florido
Un perfumado vahido
Se escapaba en son de fiesta.

Y solos y enamorados,
Cual dos pájaros amantes;
Íbamos por los los fragantes
Jardines, emocionados.

Reclinabas dulcemente
Sobre mi hombro la cabeza;
Te dí un beso de pureza,
Suavemente, suavemente. . . . . .

Tiñó el rubor tus mejillas,
Bajaste la frente . . . . así
¡Oh! mi adorada! . . . . caí,
Caí á tus piés, de rodillas.

Han pasado muchos años:
Tú siempre alegre, yo triste;
Muchos goces obtuviste
Y yo muchos desengaños.

Sin hacer de nada alarde,
Dí, sin frases tentadoras,
Te acuerdas de aquellas horas,
Te acuerdas de aquella tarde?

El cielo estaba de fiesta
Vagaban dulces aromas,
Cantaban blancas palomas,
Y era una tarde como esta!

V. ACOSTA

~~~

Un día de amor

Un ruiseñor muy parlero que todas las primaveras acude á mi emparrado á enseñarme una canción nueva que ha aprendido ó á contarme alguna flamante historia que ha inventado, se posó esta mañana en un sarmiento, trinó un aria fastidiosa, plagiada á algún canario alemán, y como viese que yo seguía distraído sin escucharle, calló su flauta y se puso á narrarme la siguiente historieta, con un prólogo en que aseguraba haber presenciado el suceso, con esa gravedad con que los novelistas todos afirman las invenciones de su fantasía.

Era que se era un jardincito muy gracioso, en el que había varias plantas y arbustos, entre ellos una mata de claveles que florecía al lado de una de dalias, y á no mucha distancia de ellos se erguía un tierno rosal, con su artístico cerco de matitas de té en derredor.

—¿Has visto,—decía un clavel á una dalia,—has visto que el rosal acaba de abrir su primera rosa?

Y la dalia contestaba:

—¡Pues no le he de ver, si parece que no cabe en el jardín de puro vanidosa y necia! Desde que le cayó encima el primer rayo de sol está coqueteando con él. Hasta aquí me ha llegado el tufo de esa maldita esencia con que se perfuma para atraer y seducir. ¿No lo sientes? Si es que me parece estar oliendo rapé ó colirio de rosas. ¡Vaya una peste! Eljardinero no debía permitir esos olores tan hostigosos.

—Confiesa, chica,—le dijo el clavel,—confiesa que estás picada de celos. Yo por el contrario, encuentro á la rosa muy linda, muy distinguida, aunque parezca una flor un tanto orgullosa.

—Como á tí te gustan, ¿no es verdad? Eso por no decirme con toda claridad que soy vulgar, que no tengo distinción, que no me doy humos de reina. Tienes razón, hijo; yo soy como Dios me ha hecho. Prefiero ser así, llanota, y si quieres, ordinaria, pero franca, y no presumir de delicada y de principal.

—Mira que te ciega la envidia, alma mía.

—Mira que te haces majadero, alma de cántaro. No te valdrá el negarlo. Estas enamorado de la rosita melindrosa y vana, que apenas tiene una mañana y ya se ha echado un amante. ¡Qué rival le ha salido al señor Febo! Un clavelón cursi; buena prenda se va á poner la rosita aristocrática; ¡ni fuera una maja!

El clavel dejó de conocer que se enojaba con estas descargas de su querida, pues dejó escapar de sí un fuerte olor á clavo de especia, y dijo:

—Bien te conoció Dios cuando te negó el aroma. Deberían llamarte la flor de la envidia.

—Calla, mentecato, calla que ahí viene una mariposilla entrometida con un mensaje del Sol para la rosa. Ya veo que la reinita no se anda por las ramas. Advierte cómo pintada celestina revolota locamente para hacernos creer que no trae contrabando de amores.

Y efectivamente, la diestra mensajera, después de dar vueltas y más vueltas, posó sus patitas de seda sobre la corola de la rosa, secreteó con élla un buen minuto, y dulces cosas debieron de ser las que le dijo muy calladito, porque pareció ruborizarse aun más la tierna flor, y un cefirillo que en esos momentos pasaba por ahí esparció el

delicioso aliento que de su emocionado seno exhalaba.

—Apuesto á que es una cita;—dijo la dalia.

—Necesitaré verlo,—contestó secamente el clavel.

A poco, las nubes, que habían estado velando por largo rato la inmensidad azul, se disiparon y decendió triunfante el gran rey del firmamento. La rosa abrió sus encendidos pétalos como para recibir en toda la hermosura de su carne adorable los besos fogosos de su amante; que á vivas, y más y más ardientes caricias la penetraba con su amorosa llama. Yo estaba subido en la rama de un ciprés junto con otro pajarillo vagamundos, y viendo aquel rapto de pasión tan vehemente y arrebatador, nos pusimos á improvisar un canto epitalámico con coros muy picarescos, que se convirtió luego en un conjunto magnífico de pasiones diversas, pues reía á carcajadas la dalia, y trinaba de furia el clavel, cantábamos nosotros por la rosa y por el sol, mudos como estaban éstos en su dicha; en tanto que por el ambiente se difundía un delicioso aroma de virginidad; la vida toda de la rosa, exhalada en aquel abrazo de fuego, prolongado é inefable.

—Me voy—dijo al fin el sol, como á eso de las seis de la tarde.—Me voy, amada mía. ¿Ves aquella nube de oro y amaranto que ahora rueda hacia al horizonte? Es el regio carro de hermosos caballos negros que el genio de la noche va á enganchar.

—¿Y volverá?

—Cuando veas que las estrellas se borran del cielo como una bandada de áureas mariposas que se lleva el viento, será señal de que regreso hacia tí en mi carroza de plata con manto de tu dulce color, tirado por la cuadriga de la Aurora. Aguárdame amorosa y fiel, para recoger con mi beso las perlas con que te coronará el rocío.

—Nó; dámelo ahora y será el último. Te llevas mi vida en tus rayos; con ellos me has abrasado hasta matarme. Pero me siento dichosa, porque me has hecho saborear el amor y la soberanía. Ahora bien puedo morir.

A la mañana siguiente, cuando fue el sol á visitar á su amada de la víspera, sólo encontró sus pétalos deshojados y dispersos por el suelo.

Nosotros, los pajaritos bohemios, cantábamos entre tanto, como siempre, nuestra canción á la luz, á la alegría y á la vida; las mariposas revoloteaban llevando mensajes de amor á las flores, menos á la dalia, que todavía cascaba las liendres al clavel diciéndole:

—¿Ves en lo que ha venido á parar la reinita orgullosa? Su reino fué de un día.

Y el noble clavel le contestó á la dalia envidiosa:

—Un día, sí. Y es demasiado. ¡Una sola hora de amor encierra una eternidad!

Nosotros, los pajaritos bohemios, al oír esta notable sentencia, que no nos pareció original, nos miramos unos á otros, y en efecto, recordamos haber dicho no pocas veces algo parecido á nuestras dulces queriditas; pero así y todo, rompimos á cantar, si previo acuerdo, un furioso himno al Amor.

N. Bolet Peraza.

El Hada de las Perlas

A Victor Jerez.

Cuentan que allá, en las poéticas playas del Cantábrico, donde los antiguos trovadores llegaban á cantar al compás de las enfurecidas olas sus galanos poemas á la belleza, se abrieron un día las turbias ondas y dieron paso á un apuesto doncel, que bajo el brazo llevaba su bandolín sonoro; medioeval trovador, sin duda, que bajó al fondo del mar en busca de divinas sirenas á quienes cantar sus poéticas trovas.

En la orilla y casi á flor de agua era esperado por régia escolta de delfines, señores del mar, que á su paso se hacen tocar alegres marchas por las músicas reales compuestas de tritones.

Llegó al fondo donde fué saludado por bellísimas Náyades, Hadas y Sirenas, y del espeso follaje de luminosas algas se desprendía el suavísimo rumor de una orquesta de sonoras cornamusas, que le volvían loco, y se sentía desfallecer por aquel medio ambiente saturado de los ricos perfumes que las perlas, al abrir sus nacaradas conchas, exhalan.

—Canta, poeta, canta! le repetían los náyades y sirenas en medio de las más dulces caricias que jamás mortal alguno recibiera.

"Canta á nuestras belleza"

"Canta á nuestras riquísimas perlas"

"Canta, y pide nuestro amor"

"Canta, y serás amado"

"Canta, y te daremos ricos palacios"

"Canta, y te haremos gozar placeres paradisiacos".

"Canta y te pondremos ricas vestimentas de brocado y oro" y esto decían locas de amor, sedientas de placeres, Náyades, Hadas y Sirenas.

Era imposible; nadie podía sacarle de aquel sopor, y, poco á poco, las Náyades, Hadas y Sirenas, cansadas de rogar al apuesto doncel, se fueron retirando.

Habíanse ido casi todas, y no quedaba ya más que una hada hermosa, de ojos negros y cabellera de ébano, que le dijo:

—Quieres venir á mi palacio?—Mi dueño, mi señor, ven conmigo, ven.

El poeta le dirigió una mirada desdeñosa que decidió á la encantadora á seguir el camino de sus compañeras; más de pronto díjole él:

—Espera—¿quién eres tú?—donde está la estancia perfumada que sin duda habitas?

—Soy el Hada de las Perlas y mi palacio está hecho de una sola perla negra, junto al del opulento Rey de los corales;—quieres que te diga algo más?

No, basta ya: cuando la luz del nuevo día bese la onda inquieta, iré á cantarte la serenata de mi amor. Y el Hada, loca de pasión, se fué á su palacio, á esperar al apuesto mancebo.

La luz de la alborada que las ondas reflejaban, como de un diamante en las finas facetas, corrientes de vivísimos colores, recordó al trovador su compromiso de cantar y se fué al palacio hecho de una sola perla negra, junto al del Rey de los corales.

Paróse frente al rico alcázar del Hada de las Perlas, al pie de una ojival ventana hecha de coral, cuyos ricos arabescos parecían encajes de Bruselas y soberbias bordaduras de Damasco; templó su rico bandolín y empezó á cantar su sentida trova, y la hermosa, á los dulces acordes del bandolín sonoro, abandonó el lecho; y calzando sus menudos piés con unos primorosos chapines de seda se acercó á la ventana, y á traves de la celosía, espiaba, inquieta, al man cebo gentil.

El Rey de los Corales, viejo de luenga barba y ojillos vivos, eterno adorador del Hada, despertó á las acordes de aquel estraño instrumento y dispuesto á averiguar quién lo pulsaba, abrió una ventana y vió al doncel; vistióse con precisión y bajó para vengarse de su rival, á quién encontró todavía cantando al pié de la ojival ventana hecha de coral.

Mudo de coraje, arrebató al doncel de las manos su precioso instrumento, el que rompió contra una de sus rodillas, y al reventarse la última cuerda, el poeta cayó exánime, y con la postrera vibración, el poeta expiró.

Y allá adentro, se oyó, un grito débil y doloroso: el Hada de las Perlas había muerto también.

De aquel tiempo data la carestía de las perlas negras.

I. G. Fuentes.

Sol

PARA "EL FÍGARO."

Reclinada en la nube marmórea
y orlada de un nimbo de rubias estrellas,
ascendió la visión incorpórea . . . . . .
yo fuí en pos suyo, siguiendo sus huellas.

Y llegamos al éter inmenso
en donde volaban los ritmos sonoros,
y flotaban perfumes de incienso,
y vírgenes y ángeles danzaban en coros.

Y en la noche infinita, sin astros,
de mundos de sombras que el tiempo consume,
por donde cruzamos, dejando los rastros,
vibraban la nota, la acción y el perfume.

Y escuchamos las músicas locas
llamarnos del fondo del caos espeso. . . .
y uniendo las alas, juntando las bocas,
encendimos un Sol con un beso.

MARCIAL CABRERA GUERRA.

Santiago de Chile.

Felícitas

¡Oh hermosa como el día!
Hija del sol!—Hasta mi pecho ardiente,
A la obscura mansión del alma mía,
Al íntimo lugar donde mi anhelo
Guardo, del corazón al dulce abrigo,
Llega tu luz. Mi mente
Dilata siempre el vuelo
Para ir á estar contigo
Cuando el silencio de las noches bellas
Sobre el mundo se extiende,
Y la luna al cenit tranquila asciende
En su carro de estrellas.
Eres joven y hermosa,
El céfiro te halaga,
Te da besos la brisa;
Tus labios son dos pétalos de rosa.
Tú eres la linda maga
Que transforma mi ser con su sonrisa.
Dentro de mi alma que te quiere tanto
Está el amor que en ocultar me empeño,
Y tengo allí como en sagrario santo
Las esperanzas de mi dulce sueño.
Tu recuerdo es mi vida,
Tu cariño es mi gloria;
Tuya es la tierna imagen bendecida
Que pasa, angelical, por mi memoria.
Tú viertes la dulzura
En mi cáliz de penas y dolores,
Y me hablas de esperanzas y de amores
En mis íntimos sueños de ventura.
Eres Musa que inspira.
A tu encanto, encontrárase en la lira
El ritmo deleitoso,
Y en la alma enamorada,
El verso primoroso,
La estrofa cincelada.
Tú, mágica oriental, pueblas la mente
De visiones fantásticas, inciertas;
Llegas á el alma tímida, inocente,
Y con una sonrisa la despiertas.
Tu cielo aun es azul; para tí tardan
Los días de tristezas y dolores,
Y sueñas con la dicha que en sí guardan
Un suspiro, unos versos y unas flores.
¡Oh dulce bien! Yo te amo. Porque á mi alma
Das la ilusión en el dolor perdida,
Que aunque perdida por tu amor la calma,
La inquietud de tu amor me es tan querida.
¡Oh dulce bien! Yo adoro
Tu forma deliciosa,
Y tu dulce sonrisa pudorosa,
Leve como el relámpago de oro.
Amo la inquieta luz, viva y ardiente
Que en tus ojos chispea,
Donde busca en sus éxtasis mi mente
La llama creadora de la idea.
Te amo, sí! Porque en tí la aurora encuentro
De mis noches acerbas y sombrías;
Porque tú eres el centro
De las ternuras é ilusiones mías.

Te amo. Porque en tí existe
El bien que, solo, el corazón no alcanza;
Porque tu voz resuena en mi alma triste
Como un himno de amor y de esperanza.
Porque de mi existencia en el sendero
Sembraste flores en que está el rocío,
En vez del cardo que me hirió primero;
Porque, sólo por tí, ya no me muero
De angustia y de dolor, dulce bien mío!

Isaías Gamboa.

San Salvador, 1894.

Páginas Patrióticas

LA BANDERA

La bandera no es un símbolo sin alma. La bandera vive. La ama el buen soldado, y de amor que resume todos los amores. Cifra en ella el cariño á los ausentes ó ya muertos padres; á la novia que espera ó que tal vez olvida; á la casita cuyo pardo humillo se levanta en abrupto rincón de la montaña. La ama sin celos en los días de paz porque, siendo muy suya, pertenece á todos, y mientras más la quieren otras, más se ufana. La ama sin celos en los días de guerra, porque la bandera no traiciona cual mujer: si el enemigo la arrebata, se la lleva destrozada, y no para quererla, no para rendirle culto, sino para ofenderla y pisotearla. Por eso la defiende como león herido, la escuda con su cuerpo, la levanta dejándose descubierto el noble pecho, y si le hiere el plomo y media entre vida ó muerte un instante de tránsito, la pasa al camarada sin dolor de que otro la posea.

¡Oh bandera de mi patria, y cuán gallarda luces tu hermosura á la cabeza de apretados batallones! ¡Cómo saltan los corazones cuando avisan los ojos que tú pasas! ¡Cómo te sigue, con rumor de triunfante muchedumbre, la robusta armonía de trompas y clarines! Ya no somos nosotros, al mirarte, los egoístas y enclavados en la propia existencia que antes éramos; nuestro sér se confunde en el océano de las vidas, nuestra alma en la *Alma Mater* inmortal! Moléculas, sentimos, y con júbilo, empuje de torbellino que nos alza; quédase abajo toda nuestra escoria, y asciende, purificado, leve y blanco, lo que no muere, lo que nunca morirá! Creemos al subir en esa comunión, y el contacto de ajenos entusiasmos estimula y aviva el propio nuestro. La chispa se une á la chispa, y es la llama; la llama se prende á la llama y es la antorcha; la antorcha abraza el haz de antorchas, y es la hoguera. Antes brillaban lejos unos de otros, como astros aventurados al cielo an granos de oro, los ideales de ánimos distantes; pero llegan y corren y se buscan, y se compenetran y se funden, como las claridades de la noche cuando forman la totalidad suprema de la luz. Por eso eres unión, paz y armonía.

Surges, bandera de la patria, y ya más no pensamos en quejumbrosas penas de la vida; sin que nos demos cuenta exacta de ello, sentimos lo contingente de todo eso; de la cruz se desclavan nuestros brazos para tenderse á tí con toda el alma; la plenitud del sér encuentra oscura y estrechísima la corpórea prisión, y nos hincha las venas y se nos sale por los ojos en un vaho de lágrimas. ¡Cómo unificas y enardeces los espíritus! ¡Cómo hablas, bandera muda, y cómo cantas!

¿Cabe la envidia en donde está la bandera? ¿Por qué sentimos la increible tristeza de ser jóvenes al ver á nuestros viejos veteranos? Ni una gota de nuestra sangre hay en tu púrpura! Uno de tus colores no nos pertenece......

¡Ay, y sacrílego fuera todo anhelo de renovar las luchas épicas! ¡Y para que tú seas nuestra, toda nuestra, se ha menester que torne la desgracia y que te enlutes por los hijos ya sin vida!

¿Qué somos oh bandera? ¿Qué hemos hecho? Tú no puedes saber lo que te amamos. De otros oístes el grito de combate. De nosotros el verso. Otros fueron contigo á la pelea, al abismo, á la muerte; te sostuvieron herida; los envolviste cuando muertos. Cada palmo de tierra patria sepulta hazañas y proezas.

Los árboles te dieron sus ramas y los hombres sus brazos y sus vidas. Caían estos cual las mieses que agavilla el sembrador. Y Tú para no perderlos, para vivir siempre unida á ellos; te empapastes en su sangre recogiendo la esencia de esos héroes. Son nuestros padres; son tus predilectos.

***

La bandera vive. La bandera ama. Cuando nos alejamos de la playa y el mar va poco á poco separándonos de ese pedazo de tierra que se llama Patria, como que nos saluda la bandera, erguida en el torreón más alto de la fortaleza. Diríase que procura extenderse para mirarnos un instante más; que aun tiene la remota esperanza de que á ella volvamos. Luégo...... luégo, desalentada y triste cae abrazando el mástil que se queja. ¿No os parece una madre al despedirse de una hija que se casa, de la hija que se pierde? Adivina que vamos á olvidarla mucho rato; que el amor encendido por ella en nuestro espíritu brillará mientras dure la ausencia, como lámpara débil olvidada en la capilla...... A poco bracear en la corriente de la vida, el cansancio, el dolor, nos la recuerdan. Escuchamos los sones entusiásticos de un himno; pero ese himno no es el nuestro. Los demás se conmueven al oírle, les corre aprisa la sangre cantan, gritan. Y nosotros sentimos una tristeza que nos sube de muy hondo, que nos coge todo, que nos enturbia la vista y no se va con nuestras lágrimas. ¿Por qué se agitan esas gentes? ¿Por qué se encienden esos restos? ¿Qué tiene ese himno para ellos?

Estamos en el bullicio de un café. La más alegre música retoza, cosquilleándonos el cuerpo

Besa. Ríe. Bebe champagne. Y al pronto la música liviana nos hechiza. Es como encantadora de serpientes que adormece las víboras del alma. Estamos muy contentos.....sí......es verdad......pero contentes por manera extraña..... como estando contentos para afuera. El tedio cae, la noche avanza, salimos con inconfeso aburrimiento del café y al volver una esquina, oímos algo que nos pára la vida, que nos suspende el alma toda. ¿Qué es......? un organillo toca mal, pero muy mal, un "Sonecito" de la tierra nuestra, uno de esos que acá escuchamos distraídos cuando no molestos, como si oyéramos algún relato de nodriza vieja.

Y el sonecito aquél se nos va entrando, como si entrara por su casa: echa de adentro á todos los extraños; pone flores fragantes en los tiestos, y pájaros canoros en las jaulas; adereza la mesa; escancia el té; siéntase al piano, y dulce, dulcemente, en lengua amada, nos da noticia de la tierra y del hogar, del amigo querido, de todo lo que ingratos olvidábamos.... Y entonces vuelve el sér á dilatarse, vuelve á latir el corazón con fuerza, vemos pasar ¡oh Patria! tu bandera, y el llanto nos desahoga y nos consuela.

⁂

La bandera vive. La bandera ama. Preguntadlo á los extranjeros que recorren nuestras calles en tal día como este, preguntadles si no les da un brinco el corazón cuando ven ondear sus pabellones. Allí está la luz que vieran ellos por primera vez. La bandera ondula y parece que les llama. Entre cien mil, y más, descubrirá la suya cada uuo. Se tiene nada más que una bandera, como se tiene una madre nada más.

Observad qué fácilmente se enlazan unas á otras. No han nacido para vivir odiándose. El aire mismo, el alma de lo voluble, las aproxima para que se abracen. ¿No están todos los colores en el iris, en ese brazo suelto de la eterna bandera?

Enlazáos, amantes pabellones que flotáis en nuestra atmósfera. El aire y las miradas por igual conspiran á juntaros. Bebed luz ¡mi cielo es rico!

Tú estás ahí, bandera de mi patria. Reinas hoy, y á donde tú apareces, vienen las demás como opulentas damas de tu corte. Brilla ¡Canta!

Nuestra bandera vive; nuestra bandera ama; nuestra bandera tiene alma.

Manuel Gutiérrez Nájera.

Rafael Núñez

He conocido al Doctor Núñez, al renombrado Presidente de Colombia, en su retiro de *El Cabrero;* su Olimpo. Júpiter no tiene cancerberos, ni guardias, ni pompa, ni antesalas enojosas, ni humos, ni hinchazones de soberbia, ni siquiera un poquito de la majestad cursi que tan bien sienta á algunos espadones de América....El Olimpo es tan modesto como precioso. En la linda península está la casa blanca. Cerca de la casa la ermita de techos rojos. Y tras las palmas verdes del cocotal cercano,—vasto, bello, azul, el mar. La ermita la alzó el voto de una mujer, voto hecho en tiempo de luchas terribles. Esa mujer ha llenado de flores y de bienes esa parte de Cartagena en que hoy mora el ilustre poeta. Es la esposa del Doctor Núñez; señora amabilísima é inteligente. Para colmo de mi sorpresa, no encontré en ella esas vanidades femeninas, tan comunes en las mujeres de los grandes hombres. Es culta sin preciosismo y sencilla sin vulgaridad. Me habían dicho que era literata. No lo aparenta Está lejos de las farsas pretensiosas de ciertas *bas bleu!* Su aspecto es el de "una señora de su casa," tal como deben éstas ser según las tradiciones de nuestros padres. Católica, apostólica, romana; queredora de su marido, alma del hogar. y que si cultiva el espíritu, no por eso deja que la cocinera ahume la sopa.

Cuando me presentó á su esposo—ella fue la la primera persona á quien saludé en *El Cabrero*—pude notar que en su rostro se pintaba cierto cariñoso orgullo. Ella es la *Débora* del poeta.... Núñez llegó de su escritorio, donde alcancé á ver un retrato de Gladstone. En el salón en que me recibió, sobre la puerta de entrada, está el de Su Santidad León XIII. Desde mi sillón quise leer un autógrafo pontifical que descubrí en un margen; pero no logré descifrar las patitas de mosca del anciano Padre Santo.

Núñez—como Núñez de Arce—parece que debería tener el cuerpo atlético. No se imagina uno á un forjador con miembros delicados; por más que el "cabito" Bonaparte, que tenía estatura pequeña, haya golpeado con un martillo más grande que el de Atila, sobre el yunque del mundo. Para que pueda un aliento hacer que se destuerza la trompa de cobre es preciso que brote de pulmones enormes. A veces el aliento no rompe el olifante sino el trompetero, y entonces es cuando cae muerto Roldán. El célebre colombiano que recibía mi visita, es delgado, de apariencia débil. Su mirada fina penetra como una sonda. Charla llanamente, como un excelente señor cualquiera. Cada tres ó cuatro frases pregunta á quien le escucha: "¿sabe?" Sería bonachón si no lo impidiese la seriedad esculpida en su rostro, y el azul de su mirar, que á cada rato relampaguea, como diciendo al que está cercano: *Cave leonem.* Pensaba yo: y ¿este es el gobernante que en las tempestades políticas se ha convertido en espanto de sus contrarios é ídolo de los suyos.....? Este el poeta que hoy piensa á la orilla del mar.......

Poeta político..... no entiendo eso; ó más bien, no lo quiero entender. Yo creo que no es otro el objeto, la atmósfera, el aliento, la vida de la poesía, que el culto de la eterna y divina Be-

lleza. Que los filósofos se ocupen del misterio de la vida y de todas las profundidades de lo incognoscible; que los señores políticos se entiendan con la suerte de los pueblos y arreglen esas complicadísimas máquinas que se llaman Gobiernos; que los señores militares degüellen, defiendan ó conquisten. Perfectamente. Tú, luminoso y rubio dios, has enseñado á tus elegidos estos asuntos en verdad muy interesantes: que las rosas son lindas; que los diamantes, el oro, el mármol la seda son preciosos; y que nada hay igual en este mundo á la ventana en donde la mujer amada, Sol, Amali, Estela, Florinda, meditabunda y tierna, contempla en una hora tranquila, un vuelo de palomas bajo el cielo azul. En conclusión: el poeta no debe sino tener como un objeto la ascención á su inmortal, sublime paraíso; el Arte.

"Sí—dice entonces Menéndez Pelayo; pero cabe en nuestros tiempos un poesía más alta que la que la que es puro color y pura música, ó ambas cosas á la vez; más importante y trascendental que la que hace del amor inagotable tema; obra finalmente que sin perder su condición de artística, y acaso por esto mismo, se convierte en elemento poderosísimo de organización ó trastorno social. Cuando esta poesía traspasa los lindes del momento presente y abarca todo el cuadro de la vida humana, derramando en ella la alegría y la esperanza ó ungiendo sus alas con el suave nardo del sentimiento evangélico, produce las maravillas de *La Campana* ó de *La Pentecoste*. Cuando desciende á la arena de la pasión contemporánea y se trueca en espada terrible y luminosa, surge la canción de Branger ó el scherzo de Giusti, y con formas y tono más remontados, la poesía política de Núñez de Arce." La palabra la ha escrito el joven sabio: "descender." El poeta, si es político, desciende de su alteza, por la razón que da el mismo Menéndez Pelayo: "porque el poeta político en nuestros tiempos, no puede menos de ser un hombre de partido, con todos los atropellos é injusticias que el espíritu de facción trae consigo." Imaginación y sentimiento padecen en ásperas bregas en que el que quiera tomar parte ha de ser llevando sobre el alma caparazón de bronce. Cuando se llega á ser cantor y actor, poeta combatiente, el caso adquiere enormes proporciones. Tal ha sido el de Núñez.

Para mí el poeta tiende por una parte á la naturaleza, y entonces confina con los artistas plásticos; por otra, se junta con los sacerdotes, y entonces sube hacia la divinidad. De allí el símbolo, que manifiesta la idea con el encanto de la forma y está animado por un vago y poderoso misterio. Atraer ese raro espíritu del poeta á las agitaciones que conmueven á lo común de los hombres, es hacerlo enredarse en sus grandes alas. Es el caso del *Albatros* de Baudelaire

Le Poete est semblable au prince des nuées
Qui hante la tempête et se rit de l'archer;
Exilé sur le sol au milieu des huées;
Ses ailes de geant l'empecheet de marcher.

Así, los que se preguntan el porqué del retiro de Núñez á su "villa," dejando nada menos que el puesto de Presidente de la República, no piensan en que bien puede ser la nostalgia de la vida intelectual, la nostalgia del poeta, la que ha causado ese retiro En el campo civil está el fango, están las espinosas sendas, los odios, los antagonismos implacables, la pasión que usa de todas las fechas y de todos los curares, en *El Cabrero* el vate colombiano, si bien no quitando la vista de Bogotá, conversa frente al océano con sus buenos poetas ingleses; y á la hora del crepúsculo, siembra ó riega las flores de su jardín.

Huélgome de hablar únicamente del Núñez de libro y de la rima, porque si algo no le niegan ni sus más tremendos enemigos, es su vasto talento. En Colombia es el que hoy puede llamarse el "maestro". El "maestro" es el que en un país posee mayor suma de fueza intelectual, cimentada con la experiencia y coronada por las blancas nieves de Kronos. En América hay varios maestros. Mitre en la Argentina, Núñez en Colombia, Altamirano y Prieto en méxico. Son los generales á quienes los nuevos, los jóvenes de la presente generación, debemos saludar, y presentarles las armas. El "maestro" colombiano encierra un saber profundo, un hondo conocimiento de los hombre y de las cosas. Está formado en molde inglés, molde de macizo. Su anglicismo, no es el de Bourget, elegante y sentimental, poco sólido, perfumado con su aromita de Oxford. Núñez no es ainglesado, es inglés. Tiene del británico el culto de la antigüedad, la sed de las claras y puras aguas clásicas; tranquilidad y método en el juicio. Analiza, busca la verdad; su metafísica vuela siempre bajo una hermosa vía láctea poética. Su idea va siempre revestida de cierta grandeza que le pone en el envidiable caso de no ser nunca popular. No todos pueden penetrar entre ese procesión de estrofas misteriosas, graves, meditabundas, desmesuradas, ó sacerdotales. Allá, á lo lejos, en el comienzo de su vida de poeta, aparece con Montaigne poniendo en el fondo de su sedienta alma viril una interrogación. Luégo llegará á abrevarse en la fuente de la sabiduría bíblica, pasará por el huerto de la *Imitación*, y vendrá á cruzarse de brazos ante la puerta de oro de la verdadera fe. La Duda, hija del Mal y de la Muerte, le ha dado á respirar muchas veces sus nocivos y negros éteres. Hay estrofas suyas que son vastas esfinges monolíticas, frías, impasibles. Mas cuando escribe sus versos pasionales, llega á traslucirse la verdad de la emoción, vese cierta humedad en la palabra, y suélese oír su sollozo, un sollozo profundo y masculino.

En cuanto á su técnica, á su composición, Núñez tiene mucho de revolucionario. Su métrica es amplia, y no teme el versificador buscar nuevas formas, nuevas combinaciones en las cuales quepa y huelgue mejor su pensamiento. Parésome que Núñez sería mejor poeta si escribiese en inglés ó en latín. Así estaría mejor su verba sabia, que pierde parte de su vigor é intención en el

pentagrama, en la música verbal de la poética española. Por esto en ocasiones sus versos resultan duros ó prosaicos, ó retorcidos y descoyuntados. Es un sacerdote del arte; mas su manera no es artística, en el sentido moderno. Y más vale así con su modo magistral, sereno, vigoroso, que si hubiese sido contaminado ¡el "maestro!" con la plaga colorista y *artística* que hoy se despierta en todo la América española, dondé sin comprender que lo primero es el sentido común y lo segundo el incesante estudio, muchos inexpertos que contemplan el triunfo de unos pocos vencedores, pretenden por el peligroso camino de la imitación, llegar á la posesión del arte más elevado, pasando sobre reglas y preceptos, y encasquetándose el gorro frigio, en regiones donde blancas musas imperiales los miran espantadas, destrozar las flores, marchar las estatuas de mármol, democratizar los alcázares en que reina la más encumbrada y augusta de las gerarquías. Y, cosa muy singular, la única composición que en lengua castellana haya leído yo, semejante á las modernísimas de los decadentes de Francia, hecha á la manera de Julio Laforgue, es la del Doctor Núñez, titulada *Sideral*. Por supuesto, más clara y comprensible que la de parisiense. Núñez, está al corriente del movimiento de la literatura universal; estudia, sabe. Si quisiese, se modernizaría. A Mauricio Duplessis, el lírico discípulo de Moreas, contentaría esta estrofa, de una aristocracia artística innegable; estrofa romanista:

De humilde hoja de acanto
Calímaco ofrendó gentil corona
A las columnas que admiró Corinto:
Los siglos pasan y el cincel venera
En noble capitel la hoja ligera . . . .

No es dado á todos colocar tan bellamente en un límpido mármol el acanto de Calímaco.

Mas es ante todo y sobre todo, el Doctor Núñez, poeta filósofo, analizador y comprensivo. Escribe versos que son un apotegma ó un versículo apocalíptico ó envangélico. Repito que sabe mucho, y que lo que sabe ha robustecido su intelecto muy de veras. Nada más lejos de él que el dilettantismo, Desde joven se ha nutrido bien; á la inglesa, hasta los platos más modernos, Wordworths, Newman, Arnold y los pensadores contemporáneos. Todo fuerte! rostbeef, beafteak, porter; y gimnasia moral. Así se torna uno atleta, cría músculos el espíritu, y se salva de histerismo mentales y cinismos demoniacos. Núñez ha tenido tres épocas. La primera de esperanzas, de sueños, la segunda de luchas, desfallecimiento y dudas; la tercera de reacción; ha llegado á vender. Y qué mejor victoria? Por eso dice también un personaje de Huysmans cuando dice que la fe es el único puerto en donde el hombre desarbolado, puede abrigarse en paz.

Colombia, tierra donde toda semilla encuentra vida, madre cuya matriz no se cansa de producir hijos ilustres, tiene en el pensador de *El Cabrero* una egregia representación de sus energías.

Y si os extrañáis de que no me refiera á su vida política, ¡oh, que hermoso estaba el sol, cuando dejé aquella morada envidiable y florida! El aire que pasaba por el jardín era fresco y grato. A lo lejos el horizonte marino presentaba sin una mancha su curva inmensa, sólo interrumpida por la nota blanca de una vela latina que aparecía, suavemente, sugestiva y lilial, como una ala de paloma en campo de azur.

RUBÉN DARÍO.

1893.

Flor de Lotho

Cuentan antiguas leyendas
que allá en países remotos
donde el Sol es más ardiente
y abundan palacios de oro,
hay encantados jardines
con árboles misteriosos,
entre los cuales descuella
el mágico árbol del loto,
cuyos riquísimos frutos
hacen olvidarlo todo:
la patria con sus encantos,
novia y padres amorosos......

A ese país, en mis sueños
llegué un día, triste, ansioso,
buscando el árbol bendito
de los frutos misteriosos,
"la flor del eterno olvido"
del mágico árbol de loto.

Y allí te encontré, mi vida,
en un jardín delicioso,
suspirando melancólica,
y al cielo vueltos los ojos.
—Ay!, exclamé, tú también
olvidarlo quieres todo?
—Jamás volveré á la patria....
¡Yo busco la flor de lotho!
Adiós!....el último beso......
Y al estrecharla amoroso
entre mis brazos, ¡oh cielos!,
del bello país remoto,
nos sentimos transportados
á la patria, venturosos.

ANTONIO SOLÓRZANO.

1894.

SAN SALVADOR.—IMPRENTA NACIONAL.